

Hemos visto cuánto degrada el orgullo y la soberbia al hombre. Veamos ahora cuánta infelicidad le producen.

«¿Contarémos, por ventura, entre los felices, dice Ciceron, «á aquella especie de *hombrecillos* que se levantan y se hinchan con una ligera vanidad, que se ensanchan con una «vana alegría, y que se muestran tan llenos y tan contentos «de sí mismos sin saber por qué (1)?»

¿Puede imaginarse tormento mayor que el que sufre el soberbio pagado de su habilidad y talento cuando se ve postergado en la concesion de un destino, postergacion que su orgullo le hace creer injusta? ¿Puede concebirse un desengaño mas amargo para el orgulloso que creyéndose inviolable en su soberbia se ve tratado con dureza por su superior, ó con altanería, ó franca entereza siquiera, por su súbdito? ¿Qué tortura mas cruel y mas continua que la de aquella persona que ocupando una posicion ventajosa en la sociedad por sus riquezas ó por su destino, le hace á cada paso creer su vanidad y su orgullo que aun merece mayor consideracion, atencion y respeto que el justo que se le tributa, y con el cual, mal que le pese, tiene que contentarse?

«Cuanto mas sensible y delicado, dice Bergier (2), es (el «hombre amador de sí mismo), tanto es mas fácil mortificarle «y desazonarle. ¡Cuántos hombres célebres se han hecho por «eso desgraciados!... Ellos se embriagan con el incienso de «los elogios; pero la menor censura, el mas ligero tiro de «sátira bastan para enfurecerlos, para turbar su reposo, para «emponzoñar su vida. Si supiesen reprimir y moderar el «amor propio serian dichosos.» Y ¿qué dirémos cuando á este excesivo aprecio de sí mismo se une, como de ordinario, la fatuidad y la ignorancia?... El Sábio dice oportunamente que al soberbio le sigue la humillacion (3).

Malísimos ratos debe efectivamente pasar el hombre que persuadiéndose en su vanidad ser un genio, un prodigio ó una persona importante, vea que *nadie* hace mas caso de él que de otro cualquiera, porque en realidad no merece distincion alguna. Y nada mas frecuente ni que mas se preste al ridículo que ver esa turba de *pedantes* pavonearse, andar con paso mesurado, aspecto *grave* y sério, sin dignar-

(1) *Tuscul. quest.* lib. V.

(2) *Diccionario de teología*, artículo *Amor propio*.

(3) *Prov.* XXIX, 23.

se apenas mirar á los demás, á quienes contemplan como con lástima y por cima de sus hombros, torciendo orgullosamente al efecto un poquito la cabeza, creyéndose entre tanto un Salomon, un Ciceron ó un Alejandro Magno. Dice acertadamente La-Bruyère «que no hay cabezas mas vacías «que las de los hombres llenos de sí mismos.» Pero huyendo de un extremo es necesario no caer en el opuesto; el que no sea modesto por naturaleza, hábito ó principios no debe aparentar que lo es, porque la modestia afectada es todavía mas ridícula que la vanidad.

¡Cuán léjos están los orgullosos de tener á los otros por superiores á sí mismos segun el mandato del Apóstol (1), y mucho mas de ser criados de los demás segun el de Jesucristo (2)! «Un filósofo, dice oportunamente Bergier (3), se tiene por un «ser demasiado importante, y hace muy poco caso de sus hermanos, para que se humille hasta el extremo de servirles. «Despues de haber pesado en la balanza del orgullo lo que «pueden valer sus inciensos y adoraciones, no está dispuestoto á sacrificar su tranquilidad y sus placeres á sus intereses.»

Herido, pues, el orgulloso en sus pretensiones y exigencias injustas, y burlado en sus cálculos ambiciosos, se convierte en verdugo de sí mismo (4). Pero ¿á qué cansarnos? Si el hombre perdió por su prevaricacion gran parte de su dignidad; si esta dignidad consistia especialmente en que la recta razon era el único móvil y principio de sus acciones, siéndole absolutamente desconocidas las pasiones; es evidente que aquel hombre perderá mayor porcion de dignidad, que á mas distancia se coloque de su estado primitivo, y mas se alejará de su estado primitivo el que mas cualidades reuna de aquellas que hubieran sido siempre desconocidas al hombre inocente. Ahora bien: el orgullo como hijo del pecado siempre habria sido desconocido del hombre inocente; luego el orgullo coloca al hombre á mayor distancia de su estado primitivo; luego el orgullo arrebatata al hombre la elevacion y la dicha. *Non decorabitur* (5).

(1) Philip, II, 3.

(2) Marc. IX.

(3) *Diccionario*, artículo *Humildad*.

(4) «*Pœna sua sibi est omnis animus inordinatus.*» (S. Aug. *Con- Joss.*).

(5) Habac. II.

«El humilde goza de continua paz: la envidia y la ira emponzoñan á menudo el corazon del soberbio (1).»

Pues atended ahora: la Reforma es precisamente la obra del orgullo y de la rebelion de las pasiones contra el hombre; y ese impío Filosofismo es precisamente la obra del orgullo y de la rebelion de la razon pervertida y extraviada contra Dios.

§ II.—*Avaricia.*

«La avaricia es el origen de todos los males,» dice la sagrada Escritura (2), y la filosofía gentílica alcanzó tambien esta verdad (3).

«Me parece ver el corazon de todos los avaros, estremecerse á sola esta palabra,» dijo con profunda filosofía san Agustín (4), recordándoles desde el púlpito la posibilidad de serles arrebatados sus bienes y el peligro que corrian sus tesoros mientras estaban oyéndole. ¡Qué verdad tan elocuente! ¿Dónde hallará el avaro el sosiego y la paz para su corazon y con la paz la dicha? ¿cómo apartará su corazon de la materia para llevarle á la virtud, y con la virtud á la dignidad?

Todo hombre elevado y digno no puede menos de contemplar con disgusto esas personas que se envilecen y se degradan, que abdican la corona de la creacion, dejándose dominar completamente por la materia. Apegado tenazmente á ella el espíritu del avaro, todos sus principios, todos sus pensamientos, todas sus ideas y todas sus inclinaciones no pueden menos de ser bajas y rastreras como el objeto que las inspira. La materia es el centro comun de su alma como lo es de su cuerpo, y como su dignidad consiste y reside en su espíritu, al materializarle con sus deseos, al fijar obstinadamente su vista en la tierra en busca de sus producciones, renuncia aquella preciosa prerogativa que el supremo Criador le concedió sobre todos los seres vivientes de marchar recto con la frente erguida y alta la vista, emblema de

(1) *Imitacion de Jesucristo*, lib. I, cap. 7.

(2) «Radix omnium malorum est cupiditas.» (*I Tim.* IV, 10).

(3) «Pleraque eorum quæ homines injuste faciunt, per ambitionem et avaritiam committuntur.» (*Aristot.* lib. II *Polit.* cap. 9).

(4) *Sermon sobre la avaricia.*

su nobleza, renuncia su dignidad y abdica la corona con que Dios habia ceñido sus sienes, viniendo en cierto modo á confundirse con la turba de los animales, cuyos ojos están fijos en la tierra (*). «¡Oh hombre, podremos exclamar aquí aplicándole aquellas palabras de san Leon Magno (1), conoce «tu dignidad, y no vuelvas á degradarte con una conducta «indigna de tu grandeza.»

El ambicioso, sin otro principio, medio y término de sus deseos y de sus esperanzas que la materia, sin mas Dios que el oro, llega al colmo de la degradacion, porque el colmo de la degradacion es la aniquilacion del alma, y «la aniquilacion del alma la realiza la adoracion de los metales de «la tierra y de la materia inorgánica (2). No hay cosa mas inicua que amar el dinero (3).» El alma en el libertino se hace carne, se embrutece, se identifica con la sensacion; pero en el avaro se materializa, se mineraliza, pierde toda sensibilidad (4). «Nada hay mas detestable que el avaro (5). «¿Qué otra cosa es el espíritu del avaro sino metal (6)?»

En verdad que no es muy necesario empeñarse en probar que la ambicion, como cualquiera otro vicio ó pecado, sumerge al hombre en la degradacion, porque si su degeneracion primitiva consistió en el descenso de su elevacion, en la pérdida de una gran porcion de su dignidad y nobleza, como ya hemos dicho; en la restriccion de su razon, en la estrechez de la distancia inmensa que le separaba del estado habitual de los demás animales y de su aproximacion á la condicion de los mismos; y siendo precisamente el pecado la causa de esta degeneracion, es evidente que la ambicion, como cualquiera otro pecado, fue entonces, es ahora y será siempre la mayor bajeza y degradacion del hombre. Todo cuanto existe en virtud de la prevaricacion y caida del hombre, exceptuando lo creado despues para restaurarle, para mejorarle, y para reparar esta caida, todo es degradante,

(*) «Pronaque cum spectent, animalia cætera terram, «Os homini sublimè dedit, cælumque tueri «Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.» (*Ovidio*).

(1) *Sermo I de Nativitate*, cap. 6.

(2) Abate Martinez, *Emmanuel*.

(3) «Nihil est iniquius quam amare pecuniam.» (*Eccl.* X, 10).

(4) Martinez, *ibid.*

(5) «Avaro autem nihil est scelestius.» (*Eccl.* X, 9).

(6) «Quid enim aliud nisi metallum est mens avari?» (*S. Ambr. De interpretatione Job et David*, lib. III, num. 22).

bajo y soez. La ambicion, como todo vicio y pecado, existe en virtud de esta prevaricacion primitiva: es, pues, muy clara la consecuencia.

Pero si la ambicion degrada y envilece al hombre, no le martiriza é infelicitá menos.

La ambicion es un ovario fecundísimo de suplicios interiores y tormentos exteriores para sus desventuradas víctimas. Teniendo por nada lo que posee, el avaro padece en el seno de la opulencia los horrores de la pobreza. En sus combates con las codicias rivales, el éxito favorable no hace mas que excitar su sed, la derrota le consterna; cree en su pasion perder todo lo que no adquiere, sin gozar jamás lo que adquirió. Duro consigo mismo y con los demás, el avaro es insocial, maligno y desdichado. Ved aquí retratada la ambicion en pocas palabras, y descifrada su índole perniciosa y perversa.

Esta pasion funesta arrebatá al hombre de un golpe el reposo interior y la tranquilidad de espíritu, en que únicamente consiste la felicidad de esta vida. «Desde que el hombre, «dice el precioso libro de la *Imitacion de Jesucristo*, empieza á desear desordenadamente alguna cosa, al momento se «vuelve inquieto (1).»

«Ved, dice Foix, esa fiebre de deseos que consume al ambicioso, ese flujo y reflujo de esperanzas y de temores que «sucesivamente exaltan y postran la pobre alma, como las «olas de un mar agitado un navío sobre sus profundos abismos. Contemplad uno de esos corazones apegados al oro y «á la materia, y veréis los cuidados y las inquietudes que «le atormentan y las vanas esperanzas que le fatigan.»

Temores, angustias, ansiedades, cavilaciones, desvelos, sobresaltos, todos, todos los males entran atropelladamente en aquel espíritu materializado, á cuyo fondo, si descendiéramos, hallaríamos abismos de dolor. ¡Ay del hombre que constituya su último fin, ó ponga su corazon en todo aquello que está al alcance de la vicisitud ó inconstancia humana! porque aficionando su corazon á lo vario y á lo perecedero, de continuo le estará atormentando el temor de perderlo, temor que le inspira la misma inestabilidad del objeto deseado, haciéndole sufrir una vida atroz y horrorosa.

(1) «Quandocumque homo aliquid inordinate appetit, fit inquietus.» (*Líb. I, cap. 6*).

Pero lo mas desconsolador para estos desgraciados es que despues de conseguir el objeto de sus deseos (el cual no consiguen en realidad, porque en la sed insaciable de su ambicion, que nunca les dice basta, se hallan mas distantes del término mientras mas avanzan hácia él), despues de conseguir el objeto de sus deseos, repetimos, se encuentran con que han sido miserablemente engañados: porque ¿qué otra cosa hallan en las riquezas ya adquiridas á costa de tantos afanes y sudores, y tal vez de expoliaciones y exacciones injustas, sino, como ya dijimos antes, inquietud y sobresalto, amen de los desvelos y cavilaciones por adquirir mas, ni las penas y pesadumbres si pierden algo?

De la misma manera: ¿qué es lo que el ambicioso halla en el elevado destino ó en los honores que obtuvo tal vez á fuerza de bajeza y servilismo, sino el descontento y la ansiedad, porque fácilmente se persuade que no ha subido mas que una grada en comparacion de la grande altura en que por su desmesurada ambicion pretende colocarse? Á esto se agrega el sobresalto en que constituye á su corazon el temor de verse arrojado de este escalon, y los cuidados, los sinsabores, los disgustos y los compromisos que trae consigo su empleo ó destino. «Á fuerza de trabajarnos, dice «Rousseau (1), por aumentar nuestra felicidad, la convertimos en miseria.» El ambicioso es mas esclavo que el esclavo mismo, porque, como dice La-Bruyère, el esclavo no tiene mas que un amo, mientras que el ambicioso tiene tantos «como hombres pueden serle útiles para su fortuna (2).»

Figuraos dos personas igualmente pobres: la primera contenta con su suerte, y la segunda descontenta y ambiciosa. Pues bien, la primera es tan feliz como desgraciada la segunda, porque «la pobreza no tiene espinas mas que para el «avaro (3).» Teniendo este por nada todo cuanto adquiere, está continuamente ocupado con lo que no ha adquirido. «Sus «fuerzas intelectuales y morales tendidas constantemente «hácia el fin acaban por conseguirlo. La conquista se hace «entonces un nuevo medio de conquistar; el fin ya obtenido «se convierte en medio para otro fin ulterior; este para otro, «y así sucesivamente; de manera que únicamente en la tum-

(1) *Emilio*, lib. I.

(2) *Los caracteres*.

(3) *Martinez, Emmanuel*, pág. 24.

«ba concluye la azarosa carrera del ambicioso.» «Ensancha «su alma como el infierno, y es como la muerte que no se har- «ta (1).»

«¿Qué diré, escribe san Ambrosio (2), de la avaricia, de «ese insaciable deseo de dinero, de esa sed de metal, que «mientras mas adquiere el hombre mas pobre cree ser?» En fin, el colmo de la insensatez es pretender hallar la felicidad en todo lo que sea dádiva de la veleidosa fortuna, la cual haciendo al hombre como su juguete parece que busca con empeño al que huye, y huye del que la busca.

No podemos menos de transcribir la exacta pintura que Massillon hace de esta pasion funesta bajo los dos respectos de infelicidad y degradacion con que la tratamos.

«La ambicion, dice, es un gusano que roe nuestros cora- «zones, sin dejarles un momento de sosiego... ¡Cuán des- «graciado es el que llega á estar poseido de ella! El ambi- «cioso de nada sabe gozar; ni de su gloria, porque la halla «oscura; ni de los puestos que ocupa, porque pretende subir «á otros mas elevados; ni de su prosperidad, porque se con- «sume en medio de su abundancia; ni de los homenajes que «se le tributan, porque se hallan acibarados por los que él «mismo tiene que rendir; ni de su favor, porque se le hace «amargo el tenerlo que partir con sus competidores; ni de «su reposo, porque va haciéndose desgraciado á medida que «tiene que vivir mas tranquilo; es un Aman, objeto muchas «veces de los deseos y de la envidia pública, y á quien un «solo honor que se niegue á su excesiva autoridad hace in- «soportable á sí mismo.

«La ambicion, pues, le hace desgraciado, y además le envi- «lece y degrada. ¡Cuánta bajeza para encumbrarse! Es pre- «ciso parecer no tal cual uno es, sino tal cual desean que «seamos; bajeza de adulacion, porque se inciensa y adora «al idolo que se desprecia; bajeza de cobardía, porque ha de «saber sufrir disgustos, devorar chascos y recibirlos casi «como gracias; bajeza de disimulo sin sentimientos propios, «y no pensar sino en vista de lo que piensan los demás; ba- «jeza de desórden, haciéndonos cómplices y quizás minis- «tros de las pasiones de aquellos de quienes dependemos, y «entrar á la parte en sus desórdenes para participar de sus

(1) Habac. II, 5.

(2) *De Cain et Abel*, lib. I, cap. 5.

«mercedes; finalmente hasta bajeza de hipocresía, afectan- «do algunas veces las apariencias de la piedad, y represen- «tando el papel de hombre de bien para lograr el objeto, «haciendo servir para la ambicion hasta la misma Religion «que la condena. Esta pintura no es imaginaria; manifiesta «las costumbres de los palacios reales, y la historia de la «mayor parte de los que en ellos viven (*). Dígasenos ahora «que la ambicion es el vicio de las almas grandes!... No por «cierto; es el carácter de un corazon bajo y rastrero, y la fi- «sionomía mas marcada de un alma vil. Solo el deber puede «conducirnos á la gloria; la que es fruto de las bajezas é in- «trigas de la ambicion lleva consigo un carácter de baldon «que nos deshonra; no promete los reinos del mundo y toda «su gloria mas que á aquellos que se postran ante la iniqui- «dad, y que se degradan vergonzosamente á sí mismos.»

Sabido es cuán poderosamente ocurre el Catolicismo á las funestas pasiones de la ambicion y de la avaricia, y con cuánto empeño, con cuánta solicitud, y hasta con cuán terribles castigos y amenazas (1) aparta á los hombres de estos pecados infelicitadores y degradantes, ofreciendo á sus deseos objetos mas dignos, mas grandiosos é imperecederos (2). «En cuanto á las riquezas, decia san Gregorio Na- «zianceno á los gentiles, si efectivamente no las desprecian «nuestros hermanos, á todos se les manda poseerlas como «si no las poseyesen, ó que no tengan pegado á ellas el co- «razon. ¡Y cuán léjos no estamos de arrebatrar los bienes de «otros los que debemos abandonar la túnica al que nos quita «la capa!» El pagano Cecilio les acusaba de... no ser am- «biciosos (3).» Podria formarse una buena apología del Cris- tianismo sin mas que entresacar de las obras de los filósofos gentiles que le combatieron determinadas páginas. Materia suficiente ofrecerian seguramente para una nueva edicion de *Les apologistes involontaires*.

(*) Chistosa y mordaz es la respuesta que segun refiere Vernier dió un competidor á otro á quien fue postergado en la concesion de un destino á cuya solicitud concurrieron los dos. «Yo no he dado, le decia el injustamente agraciado, ningun paso para alcanzarlo.» «Bien lo creo, contestó oportunamente el postergado, porque el que se arrastra no anda.» (1) «Neque avari, etc., etc.» (I Cor. VI, 10).

(2) «Facite vobis thesaurum in celum, quo fur non appropriat, neque tinea corrumpit, etc.»

(3) «Honores et purpura despiciant, ipsi seminudi.» (En Minucio Félix, cap. 8).

Ahora bien: la Reforma reconoce precisamente por su origen, por su fomento, por su causa impulsiva y por su vehículo poderoso estas mismas pasiones manifestadas en sus saqueos y en sus rapiñas sacrílegas; y las sectas filosóficas sus hijas han embravecido estas pasiones, no presentando al hombre otros objetos mas dignos de sus deseos que el oro y el deleite. Tan dominados están los sofistas por esta pasión, que hallan tan insensato el aconsejar al hombre que *no sea ambicioso*, como el decirle á un enfermo *no tenga V. calentura* (1).

§ III. — *Lujuria.*

Veamos la bajeza de este pecado: «Hay algunos vicios, dice acertadamente el Sr. Mazo, que se cubren con cierta apariencia de grandeza, como la ambicion y la vanagloria; pero la torpeza no se cubre sino con la ignominia (2).»

El lujurioso y el sensualista se hunden y desaparecen en un abismo de degradacion sin fondo. Y no hay cosa mas repugnante para todo hombre que estime su dignidad y no quiera hermanarse con el irracional que esos seres cada-
véricos, esos espectros ambulantes, evocados de sus tumbas, lánguidos, sin fuerzas y sin vida, en quien la costumbre de este vicio ha obrado una segunda naturaleza, lamentándose á la vez de que existan en el mundo hombres tan olvidados de su dignidad que sigan en pos de una dicha que, despues de ser una verdadera infelicidad (como veremos), les envilece, les degrada, les embrutece.

Á fuerza de revolcarse el alma del sensualista en el lodazal inmundo de los vicios, se materializa, se hace carne. Allí no hay ya espíritu, todo es materia: allí ha desaparecido la razon, y solo han quedado las pasiones: allí no está ya el hombre, únicamente ha quedado el bruto.

Tendiendo muellemente la sensualidad al alma del libertino en el goce como en un lecho, y dejándola dormir allí en el olvido de sus mas sagrados deberes y de sus mas nobles prerogativas, extingue en ellas y en cuanto le rodea la idea y el amor de las virtudes mas nobles: sumiendo al hombre en los excesos de la lujuria y de la crápula, le hace desconocer su origen y su dignidad, rebaja su naturaleza al

(1) *Del espíritu*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1.

(2) *Catecismo explicado*.

nivel de la del bruto, identificándole con el cuadrúpedo que no tiene inteligencia, empleando la poca que le resta en agrandar el fangoso lodazal en que se agita. Tan inmensa es la degradacion y la vileza en que esta abominable pasión abisma á sus desgraciadas víctimas, que casi tenemos derecho á dudar si las deja hombres (1). «Así como la virginidad iguala al hombre con los Ángeles, y le hace aun mas que Ángel, así la lujuria hace al hombre bestia, y por decirlo así mucho peor que bestia (2).»

Y ¿cuánta no es tambien la infelicidad y la desdicha en que le precipita? Seria el primero desde la creacion del mundo hasta el presente el hombre que consiguiese conciliar la paz y el reposo interior, en que consiste la verdadera y única felicidad de esta vida, con los desórdenes de una vida disipada. Contemplad uno de esos corazones dominados por la lujuria y entregados á amores culpables, y veréis los cuidados y las inquietudes que le atormentan, las vanas esperanzas que le fatigan, las dudas é incertidumbres que le abaten y rinden. Todos los dolores se reunen en aquella alma contaminada, como vemos á las aves de rapiña ir á establecer su mansion en una ruina desierta. Allí todo es temor y amargura: allí empieza un infierno intolerable, del que son perpétuo pábulo desconfianzas siempre renacientes, celos que nada puede satisfacer, y remordimientos que es imposible sofocar.

Observad una de esas innumerables víctimas de la concupiscencia pasando de un salto de la adolescencia á la vejez, cuya mirada está lánguida, cuya boca está vacía de sonrisa, cuyas facciones marchitas no pueden ya animarse bajo un rayo de alegría y felicidad, cuyo corazon privado de sávia no puede producir ningun gérmen, cuyos miembros paralizados no se prestan sino con gran trabajo á los movimientos mas sencillos, y cuyo cuerpo todo parece como agobiado bajo el peso de las iniquidades de que está cargada su vida, y considérese si estos corazones podrán ser felices.

Preguntado Sófocles, cuando ya se hallaba en edad avanzada, si usaba de los deleites venéreos, contestó: «Los dioses me infundan mejores pensamientos; estoy muy gustoso de haber huido de ellos como de unos tiranos brutales y fu-

(1) «Belluarum hoc quidem extremum est.» (Cic.).

(2) Eusebio.